

crezca en los críticos de habla inglesa, aparezcan más libros como el de John Hopewell y que obras como la de Virginia Higginbotham no se repitan.

The Ohio State University

SAMUEL AMELL

Estrella de Diego. *La mujer y la pintura del siglo XIX español (cuatrocientas olvidadas y algunas más)*. Madrid, Cátedra, 1987, 291 pp.

Una reseña de este libro debe comenzar con un *caveat lector* que sirva tanto de advertencia al lector como para desahogo personal del autor de la reseña. Bajo un título definido y circunscrito, y una apostilla, o subtítulo parentético, que sirve para descubrir el tono entre agresivo y resentido, que a las veces aflora a lo largo de estas páginas, más que para informarnos en concreto de lo que el título nos promete en general, E. de Diego ofrece el estudio de una serie de temas, todos interesantes, con información no toda conocida, y todo ello realizado con una notable erudición. Pero es serie o conglomerado, más que libro, pues que le falta para serlo una unidad temática que el título promete, pero el conjunto sólo en parte ofrece.

Tras el índice y el prefacio de rigor, comienza este estudio con una larga (pp. 11-91) *Introducción. Mujeres artistas: Esbozo histórico*, en el que a una sección dedicada a un análisis psicológico de la creatividad femenina (pp. 17-24) sigue un esbozo histórico de la pintura femenina en Occidente, desde la Prehistoria hasta el siglo xx. La llamada Primera Parte (pp. 95-161) lleva como subtítulo «Mujeres del siglo xix español», y trata de una manera general de la educación de las mujeres durante ese siglo. El tema prometido por el título general del libro queda relegado a la llamada Segunda Parte (pp. 165-283), a la que se da como título el mismo del libro y va dividida en dos capítulos, uno sobre la educación artística de la mujer (pp. 165-202 y un segundo sobre las pintoras (pp. 203-289), introducido éste también por unas páginas (pp. 203-209) en las que se habla de las «predecesoras» de siglos anteriores.

El libro da así una impresión de conjunto de trabajos poco organizados e insuficientemente desarrollados bajo una consideración común. En especial, el esbozo histórico al llegar al siglo xix queda

desvirtuado por la atención dada a las extranjeras, inglesas, americanas, francesas, finlandesas, a las que se les concede secciones especiales. Este esbozo, claramente influido por importantes estudios que le han precedido, sigue una metodología más bien histórica, prestando atención a las pintoras y a sus contribuciones, es decir, a su presencia, a pesar de las dificultades sociales que sufrieron, en la historia de la pintura. La sección dedicada a la mujer y la pintura en España analiza, por el contrario, el tema como problema, social y económico, de discriminación contra la mujer, convirtiendo a las pintoras mencionadas en datos ilustrativos y explicativos de lo que en realidad aparece como una ausencia de la mujer en la historia de la pintura hispana. Esta parte está primordialmente basada en un amplio y detallado estudio de documentos, revistas y catálogos del siglo pasado, que le presta un valor fundamental para futuros trabajos.

A pesar de ésta que puede bien sonar como dura crítica, los estudios que se incluyen, así en plural, pues, repito, son más estudios que libro, tienen, en lo que se refiere a España, un notable interés y ofrecen los frutos de una admirable erudición que el lector puede muy bien leer con fruición y retener con provecho.

Resulta a veces un tanto enojoso el sentimiento polémico que se percibe en la presentación, explicable quizá, dado el tema, pero innecesariamente aplicada. Así, por ejemplo, cuando se nos advierte: «aquí volvemos al problema de si las artes son menores porque son atribuibles a la mujer o si la mujer las practica porque son menores» (p. 278), donde no se trata de arte mayor ni menor, sino de obras perdidas u olvidadas quizá, se nos quiere insinuar, tan sólo porque sus autores fueron mujeres. La ironía, a las veces, amarga, «Hemos visto cómo la mujer del siglo XIX no podía ser sabia, ni coqueta, ni podía tener una profesión. A ella le bastaba con amar y amar sólo institucionalmente» (p. 114), es explicable, pero tampoco hace al caso, ni es justa en su generalización. Estos y otros casos semejantes refuerzan la impresión que el lector se ve forzado a formar de que, en realidad, la finalidad de este estudio sea, más que otra, la de justificar, sobre la base de una marginación social y cultural, la ausencia de la mujer española en la historia de la pintura, lo cual, dado el no pequeño número de nombres de artistas citadas y la no poca información que sobre ellas nos ofrece, tampoco parece ser exacto. En este sentido, el estudio de la mujer y la pintura en España

recibe, con este trabajo, una introducción, que esperamos su autora se decida a continuar.

Más importante e irritante es el descuido con que se ha compuesto la edición, el lector tendrá que sufrir el enojo de nombres de autor sin mención de título de obra (Fernández Quintanilla, pp. 95, 96, 183), o títulos sin autor, o doble versión de título (Backmann y Piland), o nombres no incluidos en el índice onomástico (P. de Alcántara García, p. 289), o incluidos por duplicado (Harris, Luisa Roldán), o sencillamente citados erróneamente (F. Alcántara, n. 258), o con varias ortografías, como, por ejemplo, Bachmann, citado también como Backmann, cuya obra no se cita, a pesar de incluir una referencia, *op. cit.*, en la página 285. Caso especial es el de Harris y Nochlin (también citado como Nochlin y Harris), que aparecen conjuntamente y por separado sin cita de obra, a pesar de que se hace referencia y cita de páginas. En otros casos (Tartilán, p. 153 s.) falta el lugar de la edición de la obra citada. Todo ello información que el lector interesado deberá ir recogiendo penosamente a lo largo de su lectura de este libro pobremente editado.

The Ohio State University

VICENTE CANTARINO

CREACION

Pilar Pedraza. *La fase del rubí*. Barcelona, Tusquets Editores, 1987, 205 pp.

In her most recent novel, Pilar Pedraza, a professor of art history at the University of Valencia, has very effectively created the atmosphere of a seventeenth-century Castilian city, bringing her knowledge of the art and history of that time into play. Beyond the realistic recreation of a past era, however, Pedraza portrays for us the air of supernatural and demonical happenings associated with the superstition and mystery of the beliefs of that time and the role of the Inquisition in searching out the «truth».

The novel consists of forty chapters, the majority of which are narrated from the omniscient point of view and in the past tense. Fourteen of them, however, are told in the first person, from the